

Letter to my Colombian Friends

Carta a mis amigos colombianos

Fernando Lara

School of Architecture

University of Texas at Austin

fernandolara@utexas.edu

Artículo de Reflexión

Recibido: 24 de junio del 2019 **Aceptado:** 15 de agosto del 2020

Cómo citar: Lara, Fernando. "Letter to my Colombian Friends". *Dearq* n.º 29 (2021): 12-19. DOI: <https://doi.org/10.18389/dearq29.2021.02>

Abstract

Fernando Lara's essay in the format of a letter highlights the achievements of Colombian architecture in the past decades, with a focus of institutional building. The author departs from decolonial theory to argue that we need to move beyond the Eurocentrism that is still prevalent in our discipline. One possible route to decolonize our architectural conversation comes from the work of Colombian anthropologist Arturo Escobar. Despite layers of colonization that are inherent to the modernization processes, Colombian institutional design is something that we should discuss as a success case in our continent.

Keywords: contemporary Colombian architecture; modernization/colonization; institutional framework; urban design

Resumen

El ensayo de Fernando Lara en formato de carta destaca los logros de la arquitectura colombiana en las últimas décadas, con un enfoque en la conformación de instituciones. El autor parte de una breve introducción sobre la teoría decolonial para argumentar que necesitamos superar el eurocentrismo que aún prevalece en nuestra disciplina. Una posible vía para descolonizar nuestra crítica arquitectónica proviene de las ideas del antropólogo colombiano Arturo Escobar. A pesar de las capas de colonización inherentes a los procesos de modernización, el diseño institucional colombiano es algo que deberíamos discutir como caso de éxito en nuestro continente.

Palabras clave: arquitectura contemporánea de Colombia; colonización-modernización; fortaleza institucional; diseño urbano

I struggled for several months thinking about the right approach to this article. I wanted it short, sharp, and provocative. I also wanted it with the right decolonial tone. Do we need really another Eurocentric piece judging our architecture from afar? Are we not fed up with double standards, the use of foreign concepts, and foreign rules to measure our built environment?

These questions are at the core of my current research. In attempting to understand the built environment of the Americas, I struggle with the fact that an overwhelming majority of our knowledge comes from another continent. There is a dislocation between space and knowledge: Despite our deep belief that space matters, our judgment is hardly ever influenced by our own knowledge. As reminded by Edward Said in the classic *Orientalism* (1974), European culture developed narratives about all other societies on Earth and, as a result, established itself as the center of human knowledge. Instead of asking how Latin American architectures can fit in histories of the discipline written by others, this essay asks what can we learn from Colombia in order to understand the place of the Americas in a global history of the built environment?

One possible answer is given by Roberto Fernández in his seminal book, *El Laboratorio Americano* (1997). Fernández discusses how architectural theory, to this day, treats the Americas as a special kind of periphery that turns into an eternal laboratory, in which old experiences are systematically abandoned to explore new ones. America, thus, becomes the place of modernity par excellence, of eternal novelty, a perpetual state of infancy — to use an ethnocentric Hegelian concept that should be outdated but insists in framing our narrative. Adrian Gorelik reinforces the idea of a laboratory, and specifically attributes to the city in Latin America the role of “a machine to invent modernity”.¹ Gorelik’s assertion raises a number of questions: Which modernity are we talking about, and what are its real consequences? How can we ever develop a theory for our own modernity? Would it be a “modernidad apropiada”, as discussed by Marina Waisman and Chistian Fernandez Cox in the first *Seminarios de Arquitectura Latinoamericana* in the 1980s? But as the argument of coloniality goes, could modernity have ever been appropriate if we had no choice but to accept it? Why have we not written our own history, in our own terms yet? A few years ago, the MALBA – Museo de Arte Latinoamericana de Buenos Aires - organized an exhibition that attempted to answer the last question. *Verboamerica*, an exhibition curated by Andrea Giunta and Agustín Pérez Rubio reorganized the whole permanent collection of the museum using Latin American concepts instead of Eurocentric ones. The result was staggering and makes me wonder why we have not done the same in architecture?

1. Gorelik, *Das vanguardas a Brasília*.

Me esforcé durante varios meses pensando en el enfoque correcto para este artículo. Lo quería corto, agudo y provocativo. También lo quería con el tono decolonial adecuado. ¿Realmente necesitamos otra pieza eurocéntrica que juzgue nuestra arquitectura desde lejos? ¿No estamos hartos de los dobles estándares, el uso de conceptos y reglas extranjeras para medir nuestro entorno construido? Estas preguntas son el núcleo de mi investigación actual. Al intentar comprender el entorno construido de las Américas, lucho con el hecho de que una gran mayoría de nuestro conocimiento proviene de otro continente. Existe una dislocación entre el espacio y el conocimiento: a pesar de nuestra profunda creencia de que el espacio importa, nuestro juicio casi nunca está influenciado por nuestro propio conocimiento. Como lo recuerda Edward Said, en su clásico *Orientalismo* (1974), la cultura europea desarrolló narrativas sobre todas las demás sociedades de la Tierra y, como resultado, se posicionó como el centro del conocimiento humano. En lugar de preguntar cómo las arquitecturas latinoamericanas pueden encajar en las historias de la disciplina escritas por otros, este ensayo pregunta: ¿qué podemos aprender de Colombia para comprender el lugar de las Américas en una historia global del entorno construido?

Una posible respuesta la da Roberto Fernández, en su libro seminal *El Laboratorio Americano* (1997). Allí analiza cómo la teoría arquitectónica, hasta el día de hoy, trata a las Américas como un tipo especial de periferia que se convierte en un laboratorio eterno, en el que se abandonan sistemáticamente viejas experiencias para explorar otras nuevas. América se convierte así en el lugar de la modernidad por excelencia, de la eterna novedad, de un perpetuo estado de infancia, por usar un concepto etnocéntrico hegeliano que debería estar desactualizado; pero que insiste en enmarcar nuestra narrativa. Adrian Gorelik refuerza la idea de laboratorio y atribuye específicamente a la ciudad de América Latina el papel de “una máquina para inventar la modernidad”.¹ La afirmación de Gorelik plantea una serie de preguntas: ¿de qué modernidad estamos hablando y cuáles son sus consecuencias reales? ¿Cómo podemos desarrollar una teoría para nuestra propia modernidad? ¿Sería una “modernidad apropiada”, como lo discutieron Marina Waisman y Chistian Fernández Cox en el primer Seminario de Arquitectura Latinoamericana de la década de 1980? Pero como dice el argumento de la colonialidad, ¿podría la modernidad haber sido apropiada si no tuviéramos más remedio que aceptarla? ¿Por qué no hemos escrito todavía nuestra propia historia, en nuestros propios términos?

Hace unos años el Museo de Arte Latinoamericano de Buenos Aires organizó una exposición que pretendía dar respuesta a la última pregunta. *Verboamérica*, exposición curada por Andrea Giunta y Agustín Pérez Rubio, reorganizó toda la colección permanente del museo utilizando conceptos

latinoamericanos, en lugar de eurocéntricos. El resultado fue asombroso y me hace preguntarme: ¿por qué no hemos hecho lo mismo en arquitectura?

Batallo mucho con esta pregunta, porque vivo entre Texas y Brasil, dos periferias de la Gran Colombia que sufren la misma inseguridad colonial, siempre comparándose con el norte “desarrollado”. De hecho, aprendí del antropólogo colombiano Arturo Escobar que nuestra modernización está íntimamente relacionada con nuestra colonización, un marco conceptual importante que desarrollaré más adelante.

Por ahora, permítanme remontarme unos siglos para ver la historia de este hermoso espacio que ahora llamamos Colombia. Me estoy aventurando aquí lejos de la zona de confort como académico; pero creo que podemos estar de acuerdo en que los bordes norte de los Andes fueron el hogar de varias culturas sofisticadas, conocedoras y técnicamente avanzadas, como los muiscas y los taironas, junto con los quimbayas y los calimas (caribes). Todos ellos fueron exterminados casi por completo por el holocausto amerindio; su población descendió de 3,5 millones en el siglo XVI a 800.000 a finales del siglo XVIII, y aumentó a 1,3 millones en 2005. En términos relativos, la población indígena descendió del 100% al 3,4%; mientras que los no indígenas pasaron de 0 a 40 millones (0 al 96%). Entre tanto, poco más de un millón de africanos fueron vendidos como esclavos y llevados a Colombia para sustituir a la población indígena que realizaba trabajos forzados. Para mí, es imposible hablar de espacio, en general, o del entorno construido, en particular, sin tener en cuenta esas cifras: la aniquilación de varios millones de indígenas por parte de los europeos siempre debería enmarcar nuestra discusión.

Los lectores deben haberse dado cuenta a estas alturas de que me refiero a la historia de todo el continente americano, y no simplemente, a la parte sur. Concede y toma algunos detalles locales, nuestros espacios contienen las historias del holocausto amerindio, así como la historia de varias formas de servidumbre y esclavitud, las cuales forman la base de nuestra modernización. Durante décadas, Jürgen Habermas ha sido una importante referencia académica para discutir la noción de modernidad y los procesos de modernización que conlleva. En sus escritos, tales procesos son transformadores y empoderadores. Un enfoque tan optimista de la modernidad y la modernización puede explicar por qué todavía estamos muy encantados con estos conceptos en la arquitectura: amamos nuestros edificios modernistas, planeamos la modernización de las infraestructuras, luchamos por la modernidad como sinónimo de construcción. O, mejor aún, apostamos por el desarrollo como sinónimo de arquitectura.

Propongo que aquí todo arquitecto, dentro y fuera de Colombia, lea la obra de Arturo Escobar, y cuanto antes mejor. Escobar ha dedicado su vida a mostrar que la modernización tiene un lado oscuro llamado colonización: la idea de que las formas de vida de una población son mejores y, por lo tanto, deben imponerse a otras poblaciones:

Por casi cincuenta años, en América Latina, Asia y África se ha predicado un peculiar evangelio con un fervor intenso: el ‘desarrollo’. Formulado inicialmente en Estados Unidos y Europa durante los años que siguieron al fin de la Segunda Guerra Mundial y ansiosamente aceptado y mejorado por las élites y gobernantes del Tercer Mundo a partir de entonces, el modelo del desarrollo desde sus inicios contenía una propuesta históricamente inusitada desde un punto de vista antropológico: la transformación total de las culturas y formaciones sociales de tres

I struggle with this question a lot because I live between Texas and Brazil, two peripheries of the Gran Colombia that suffer from the same colonial insecurity, always comparing themselves with the “developed” North. Indeed, I learned from Colombian anthropologist Arturo Escobar that our modernization is intimately connected to our colonization, an important conceptual framework that I will develop later.

For now, allow me to go back a few centuries to look at the history of this beautiful space we now call Colombia. I am venturing here far from my scholarship comfort zone, but I think we can agree that the Northern edges of the Andes were home to several sophisticated — knowledgeable and technically advanced — cultures such as the Muiscas and the Taironas, along with the Quimbayas and the Calimas (Caribs). All of those were almost completely exterminated by the Amerindian holocaust, their population dropping from 3.5 million in the 16th century to 800,000 by the end of 18th century, rising to 1.3 million in 2005. In relative terms, the indigenous population dropped from 100% to 3.4% while the non-indigenous went from 0 to 40 million (0 to 96%). Meanwhile, a little over 1 million Africans were sold into slavery and brought to Colombia to substitute the indigenous population providing hard labor. It is, to me, impossible to talk about space, in general, or the built environment, in particular, without taking those numbers into consideration, the annihilation of several million indigenous people by the Europeans should always frame our discussion.

Readers must have realized by now that I am referring to the history of the whole American continent and not simply to the southern part. Give and take a few local details, our spaces hold the histories of the Amerindian holocaust, as well as the history of various forms of serfdom and slavery, all of which form the basis of our modernization. For decades Jürgen Habermas has been a major scholarly reference to discuss the notion of modernity and the processes of modernization that it entails. In his writings such processes are transformative and empowering. Such an optimistic approach to modernity and modernization may explain why we are still very much enchanted by these concepts in architecture: we love our modernist buildings, we plan modernizing infrastructures, we strive to modernity as a synonym for building. Or better yet, we strive to development as a synonym of architecture.

I propose that, here, every architect, inside and outside Colombia, read the work of Arturo Escobar, and the sooner the better. Escobar has devoted his life to showing that modernization has a dark side called colonization — the idea that the ways of life of one population are better and, therefore, should be imposed on other populations. According to Escobar:

“...por casi cincuenta años, en América Latina, Asia y África se ha predicado un peculiar evangelio con un fervor intenso: el “desarrollo”. Formulado inicialmente en Estados Unidos y Europa durante los años que siguieron al fin de la Segunda Guerra Mundial y ansiosamente aceptado y mejorado por las elites y gobernantes del Tercer Mundo a partir de entonces, el modelo del desarrollo desde sus inicios contenía una propuesta históricamente inusitada desde un punto de vista antropológico: la transformación total de las culturas y formaciones sociales de tres continentes de acuerdo con los dictados del llamado Primer Mundo. Se confiaba en que, casi que por fiat tecnológico y económico y gracias a algo llamado planificación, de la noche a la mañana milenarias y complejas culturas se convirtieran en clones de los racionales occidentales de los países considerados económicamente avanzados.”²

2. Escobar, La Invención del Desarrollo, 47.

Escobar's contribution to 21st century scholarship is to stitch modernization and colonization together as faces of the same coin. We have been trained to abhor colonization and to worship modernization. Only when we understand that they are elements of the same process, can we understand the crisis of the contemporary world as the crisis of white, heterosexual, males, the ones who have always been favored by modernization and development as we know it. Both our contemporary crisis of inequality and our struggle with so called "identity politics" are the result of this long process of modernization/colonization. The process of constructing this unequal modernization was tested first in the Americas, and architecture has been instrumental in its construction. However, modernization was only possible because multiple histories were erased, symbolic barriers raised and exclusions naturalized, as reminded by Roberto Fernandez' book, *El Laboratório Americano* (1997).

This applies in varying degrees to Colombia and to Brazil, as well as to the United States and Canada. Perhaps that is why I feel so at home in Colombia; I know the invisible codes, its modernization process, the stratification of its society, and the spatial logic of its cities. The cognitive reading of urban space is such that I can inhabit Bogota, Medellin, and Cartagena (the cities I have visited) with almost exactly the same body-space relationship that I develop from my decades in Brazil. The relational engagement that I establish with the built environment of Colombian cities is very familiar because the layers of significance derived from such encounter are very similar to what I experience in Brazil.

I could, therefore, read the amazing architecture of Rogelio Salmona, Fernando Martinez Sanabria, and German Samper with the same lenses that I use to read Niemeyer, Costa, and Mendes da Rocha. Following my previous scholarship, I could, perhaps, write about the dissemination³ of Martinez Sanabria's ideas to a broader public (Bogota does look like a brick city from above) or the incomplete utopias⁴ of Salmona and Samper. Or I could read the architecture of Giancarlo Mazzanti, Daniel Bonilla, Felipe Mesa, and Ana Elvira Velez with the same lenses that I use to read Angelo Bucci, Arquitetos Asociados or Carla Juaçaba⁵. But again, using the same framework would give me very similar results. In an essay written with Kevin Alter many years ago, we took the challenge of discussing buildings from all over the Americas in search of precision and authenticity, denouncing its double standards: The North is always celebrated by its high level of precision and the south by its authenticity. It is very much like the knowledge/culture paradox of NATO-centrism: The North has knowledge and the South has culture.⁶

In this short essay, I hope to invert that equation by looking not at authenticity, or rawness, in Colombian architecture; we have plenty of foreigners writing about that. They organize exhibitions about our modern architectures in New York and publish books trying to fit our buildings into their account of an architectural history. That is fine, they can boost their careers and get promotions at their universities. But why do we need to do the same? Why do Colombian and Brazilian architects and architectural historians need to study their buildings in relation to architectural production in other parts of the world? Instead, I propose to call your attention to Colombian institutions that make such architecture possible. Institutions that, I am not at all shy to say, are the best in the Americas right now.

continentes de acuerdo con los dictados del llamado Primer Mundo. Se confiaba en que, casi que por fiat tecnológico y económico y gracias a algo llamado planificación, de la noche a la mañana milenarias y complejas culturas se convirtieran en clones de los racionales occidentales de los países considerados económicamente avanzados.²

La contribución de Escobar a la investigación del siglo XXI es juntar modernización y colonización como caras de la misma moneda. Hemos sido entrenados para aborrecer la colonización y para adorar la modernización. Solo cuando comprendamos que son elementos de un mismo proceso, entenderemos la crisis del mundo contemporáneo como la crisis de los hombres blancos (heterosexuales) los que siempre han sido favorecidos por la modernización y el desarrollo, tal como los conocemos. Tanto nuestra crisis contemporánea de desigualdad como nuestra lucha con las llamadas *políticas de identidad* son el resultado de este largo proceso de modernización/colonización. El proceso de construcción de esta modernización desigual se probó primero en las Américas, y la arquitectura ha sido fundamental en ello. Sin embargo, las modernizaciones solo fueron posibles porque se borraron múltiples historias, se levantaron barreras simbólicas y se naturalizaron las exclusiones, como lo recuerda el libro de Roberto Fernández, *El Laboratório Americano*.

Esto se aplica en diversos grados a Colombia y Brasil, así como a Estados Unidos y Canadá. Quizás por eso me siento tan a gusto en Colombia: conozco los códigos invisibles, su proceso de modernización, la estratificación de su sociedad y la lógica espacial de sus ciudades. La lectura cognitiva del espacio urbano es tal que puedo habitar Bogotá, Medellín y Cartagena (las ciudades que he visitado) con casi exactamente la misma relación cuerpo-espacio que desarrollo desde mis décadas en Brasil. El compromiso relacional que establezco con el entorno construido de las ciudades colombianas es muy familiar, porque los niveles de significación derivados de tal encuentro son muy similares a lo que experimento en Brasil.

Pude leer, por lo tanto, la asombrosa arquitectura de Rogelio Salmona, Fernando Martínez Sanabria y Germán Samper con los mismos lentes que uso para leer a Niemeyer, Costa y Mendes da Rocha. Siguiendo mi proceso académico, tal vez podría escribir sobre la diseminación³ de las ideas de Martínez Sanabria a un público más amplio (Bogotá sí parece una ciudad de ladrillos desde arriba) o utopías⁴ incompletas de Salmona y Samper. O podría leer la arquitectura de Giancarlo Mazzanti, Daniel Bonilla, Felipe Mesa y Ana Elvira Vélez con las mismas lentes que uso para leer a Angelo Bucci, Arquitetos Asociados o Carla Juaçaba.⁵ Pero, nuevamente, usar el mismo marco me daría resultados muy similares. En un ensayo que escribí con Kevin Alter hace muchos años, asumimos el desafío de discutir edificios de todas las Américas en busca de precisión y autenticidad, denunciando su doble estándar: el norte siempre es celebrado por su alto nivel de precisión, y el sur, por su autenticidad. Se parece mucho a la paradoja OTAN-centrista conocimiento/cultura: el norte tiene conocimiento y el sur tiene cultura.⁶

En este breve ensayo, espero invertir esa ecuación sin mirar la autenticidad o la crudeza en la arquitectura colombiana; tenemos muchos extranjeros escribiendo sobre eso. Organizan exposiciones sobre nuestras arquitecturas modernas en Nueva York y publican libros que tratan de encajar nuestros edificios en su relato de la historia de la arquitectura.

3. Lara, "Dissemination of Design Knowledge: Evidence from 1950s' Brazil".
4. Lara, *Incomplete utopias: Embedded inequalities in Brazilian modern architecture*.
5. Lara, "Brazilian Architecture: centripetal and centrifugal moments".
6. Alter y Lara, *Latitudes*.

Eso está bien, pueden impulsar sus carreras y obtener ascensos en sus universidades. Pero, ¿por qué tenemos que hacer lo mismo? ¿Por qué los arquitectos e historiadores de la arquitectura colombianos y brasileños necesitan estudiar sus edificios en relación con la producción arquitectónica en otras partes del mundo? En cambio, propongo llamar su atención sobre las instituciones colombianas que hacen posible dicha arquitectura. Instituciones que, no me da vergüenza decirlo, son las mejores en las Américas en este momento.

Para desarrollar esto, permítanme comenzar con la historia de un encuentro aleatorio. Estaba una tarde lluviosa en el Aeropuerto El Dorado, esperando un vuelo a Medellín que se retrasó. Escaneando las paredes de la habitación en busca de un enchufe eléctrico para cargar mi computador (probablemente porque llegué tarde a una tarea de escritura, como lo estoy ahora), me senté junto a un caballero que estaba haciendo lo mismo: solo en un rincón remoto donde se había dejado un enchufe para salvar a los viajeros dependientes de la computadora. Cuando me acerqué al asiento y conecté mi cargador al enchufe disponible, el caballero levantó los ojos de su pantalla y miró hacia arriba para reconocermelo. Se trataba de Sergio Fajardo, el exalcalde de Medellín que había sido recientemente elegido gobernador de Antioquia.

No pude evitar presentarme como arquitecto/urbanista en su peregrinaje obligatorio a Medellín, la ciudad de la eterna primavera y las asombrosas políticas urbanas. A los dos minutos de la conversación, Fajardo dijo que no se merecía ningún crédito por las maravillas urbanas de Medellín: “todo estaba ahí antes, ya sabes, simplemente aproveché las instituciones fuertes de la ciudad y las desperté”. Su vuelo fue llamado, nuestra conversación de veinte minutos terminó y una pregunta permaneció conmigo durante años: ¿de qué instituciones estaba hablando Fajardo? Según la mayoría de los relatos encontrados en los medios arquitectónicos, todo se debió a su liderazgo y al talento de Giancarlo Mazzanti, Felipe Mesa, Camilo Restrepo, Felipe Uribe y Ana Elvira Vélez, guiados por visionarios como Alejandro Echeverry y Jorge Pérez Jaramillo. Ni una sola revista de arquitectura habló de las siglas mágicas: EPM y EDU. Para ser justos, un artículo del *New York Times* (18 de mayo de 2012) de Michael Kimmelman le da crédito a EPM por su papel principal en la transformación de Medellín. Pero no es solo Medellín, Colombia tiene la Ley 80 de 1993, que dicta la competencia de diseño para los principales edificios públicos. En Bogotá, el Instituto de Desarrollo Urbano (IDU) funciona de manera similar a la Empresa de Desarrollo Urbano (EDU) en Medellín.

¿Por qué es esto importante? Porque otros países de las Américas no cuentan con ese marco legal o institucional. Me horroricé al darme cuenta de que una gran mayoría de mis colegas arquitectos y estudiosos de la arquitectura de todas las Américas no tenían ni idea de la importancia del diseño institucional en el éxito de las políticas urbanas contemporáneas colombianas. Hemos insistido en retratar las maravillas del diseño actual como resultado de arquitectos geniales y políticos audaces. Parecemos estancados en el mito de Kubitschek/Niemeyer, PRI/Pani o Pérez Jiménez/Villanueva; pero no hemos entendido que las ciudades de hoy son diferentes, más complejas y heterogéneas de lo que fueron durante la primera mitad del siglo XX. El sueño de la modernización del siglo XX no se materializó, al menos no del todo, ni en Colombia ni en algunas partes del Sur Global; de hecho, la modernización nunca se materializó del todo en ninguna parte. Lo que me dijo Fajardo fue muy revelador: que Colombia ha sido capaz

To elaborate on this, allow me to start with the story of a random encounter. I was at El Dorado airport one rainy afternoon, waiting for a flight to Medellín that was delayed. Scanning the walls of the room for an electrical plug to charge my computer (much probably because I was late on a writing assignment, as I am now), I sat by a gentleman that was doing the same, alone on a remote corner where a plug was left to save computer-dependent travelers. When I approached the seat and connected my charger to the available plug, the gentleman raised his eyes from his screen and looked up to acknowledge me. It was Sergio Fajardo, the former mayor of Medellín, who had been recently elected governor of Antioquia. I could not avoid introducing myself as an architect/urbanist on its mandatory pilgrimage to Medellín, the city of eternal spring and amazing urban policies. Two minutes into the conversation, Fajardo said that he does not deserve any credit for Medellín’s urban wonders, “it was all there before, you know, I just took advantage of the strong institutions of the city and stirred them up”. His flight was called, our twenty-minute conversation was over, and a question remained with me for years: Which institutions was Fajardo talking about? According to most accounts found in architectural media, it was all because of his leadership, and the talent of Giancarlo Mazzanti, Felipe Mesa, Camilo Restrepo, Felipe Uribe, and Ana Elvira Velez, guided by visionaries such as Alejandro Echeverry and Jorge Perez Jaramillo. Not a single architectural magazine talked about the magic acronyms: EPM – Empresas Publicas Municipales - and EDU – Empresa de Desarrollo Urbano. To be fair, an article at the *New York Times* (May 18, 2012) by Michael Kimmelman gives credit the EPM for its main role on the transformation of Medellín. But it is not only Medellín; Colombia has the *Ley 80*, from 1993, that dictates design competition for major public buildings. In Bogotá, the Instituto de Desarrollo Urbano (IDU) works in a similar way as the EDU in Medellín. Why is this important? Because other countries in the Americas do not have such legal framework or institutions. I was appalled to realize that a large majority of my fellow architects and architectural scholars from all over the Americas had no clue of the importance of institutional design in the success of Colombian contemporary urban policies. We have insisted in portraying current design wonders as the result of genial architects and bold politicians. We seem stuck on the myth of Kubitschek/Niemeyer, PRI/Pani, or Perez Jimenez/Villanueva, but we have not understood that cities today are different, more complex and heterogeneous than they were during the first half of the twentieth century. The dream of twentieth-century modernization did not materialize, at least not fully, either in Colombia or in order parts of the Global South — indeed modernization never materialized fully anywhere. What Fajardo told me was very revealing: that Colombia has been able to develop an institutional framework than can support a creative approach to the urban realities of its cities. We just need to learn to study them from within, understand their challenges and, then, capitalize on those existing frameworks that allow positive transformations.

To start a broad and un-scientific survey on the role that legal and institutional structures play in urban design and architecture excellence, I interviewed 17 architects⁷ from 7 different Latin American countries in 2011. To all of them, I asked the same three questions: 1) What are the most common processes for appointing design teams to undertake government projects? 2) What are the limitations and problems with the current process of design selection? And 3) what would be the best way to commission good quality design of public spaces

7. The interviewees were: Juan Rois, Gerardo Caballero, and Monica Bertolino, from Argentina; Renato Anelli, Jorge Jauregui, Pedro da Luz Moreira, and Marcelo Palhares Santiago, from Brazil; Liliana Ricardo and Jorge Pérez, from Colombia; David Barragán and María Augusta Hermida, from Ecuador; Rafael Yee, from Guatemala; Carlos Ortiz, Axel Becerra, and Gabriel Montemayor, from Mexico; and Enrique Larranaga, from Venezuela.

in your opinion? The answers to the first question were as different as the slang used on the streets of those 7 countries, but a strong consensus emerged on the other two: we need to include design criteria into the selection process.

It was clear from the interviews that healthy and strong municipal institutions are one of the main attractors (positive inducers) of good public space. Apart from Colombia, no other country in Latin America has a national (or federal) law mandating architectural competitions for major public buildings. The absence of a strong design-based legislation creates a series of distortions and the end result is, despite few exceptions, mediocre. Brazil, for instance, has a law that forces the government to hire the cheapest bid, based only on quantitative construction criteria and "expertise" measured by counting only the number of square meters built by a practice. There is no qualitative design consideration anywhere in the process. In Mexico, an antiquated system of 3 bids allow politicians and their favorite architects to easily manipulate design contracts. Architects help their friends with higher bids here and get rewarded later when their friends return the favor. Over the past 25 years in Colombia, the *Ley 80* brought about the mechanisms to judge architectural and urban design, thus raising the bar for the entire country: That is why Colombian architecture has attracted so much international attention.

Yet, before a competition is drafted, public institutions need to decide what to build and where. From Colombia, we learn that both the IDU in Bogota, and the EDU in Medellin, play those roles quite well. They are strong municipal offices in charge of, on the one hand, developing an urban strategy for the city and, on the other, executing that strategy in order to guarantee positive urban transformations. All design projects are then assigned by competition, and these are administered by the relevant regulatory body, architectural competitions, as well as some large-scale urban projects, are often run by the Colombian Society of Architects. There is, therefore, an opportunity to integrate knowledges, to seek a balance between decision-making at the urban and architectural level through design, which allows architects to assess design quality more critically while the inter-disciplinary institutions address urban challenges.

Liliana Ricardo, deputy director of the IDU in Bogota, told me about how different offices (transportation, health, drainage, electricity) work together in project teams organized around areas of the city. In Argentina, my interviewees told me how difficult it is for them to even communicate between different municipal offices, let alone cooperate in the implementation of projects. Indeed, that is also the case in Curitiba, the most famous of Brazil, where the integration of transport and public space is essential, as is the possibility of maintaining planning continuity beyond the short cycle of mayoral elections.

Last but not least, cities need money to invest in infrastructure. After strong developmental decades between the 1950s and the 1970s, Latin America experienced a deep financial crisis in the 1980s and a dismantling of public infrastructure projects after the 1990s. The privatization of public utilities (servicios públicos) left the cities of the region starved of funds that should be used in re-investment. With weak regulation and weaker enforcement, private utility companies decided to distribute their profits between stockholders (short-term return) instead of investing in better infrastructure for a sustainable future.

de desarrollar un marco institucional capaz de apoyar un enfoque creativo de las realidades urbanas de sus ciudades. Solo tenemos que aprender a estudiarlas desde adentro, comprender sus desafíos y, luego, capitalizar esos marcos existentes que permiten transformaciones positivas.

Para iniciar una encuesta amplia y no científica sobre el papel que cumplen las estructuras legales e institucionales en el diseño urbano y la excelencia de la arquitectura, entrevisté a diecisiete arquitectos⁷ de siete países latinoamericanos diferentes en 2011. A todos les hice las mismas tres preguntas: 1) ¿cuáles son los procesos más comunes para nombrar equipos de diseño que llevan a cabo proyectos gubernamentales? 2) ¿Cuáles son las limitaciones y problemas con el proceso actual de selección de diseños? Y 3) ¿cuál sería la mejor manera de encargar un diseño de espacios públicos de buena calidad en su opinión? Las respuestas a la primera pregunta fueron tan diferentes como la jerga utilizada en las calles de esos siete países; pero surgió un fuerte consenso sobre las otras dos: necesitamos incluir criterios de diseño en el proceso de selección.

De las entrevistas se desprende claramente que las instituciones municipales sanas y fuertes son uno de los principales atractores (inductores positivos) de un buen espacio público. Aparte de Colombia, ningún otro país de América Latina tiene una ley nacional (o federal) que exija concursos de arquitectura para los principales edificios públicos. La ausencia de una legislación sólida basada en el diseño crea una serie de distorsiones y el resultado final es, a pesar de contadas excepciones, mediocre. Brasil, por ejemplo, tiene una ley que obliga al Gobierno a contratar la oferta más barata, basándose únicamente en criterios cuantitativos de construcción y "experiencia", medida contando solo la cantidad de metros cuadrados construidos por una práctica. No hay ninguna consideración de diseño cualitativa en ninguna parte del proceso. En México, un sistema anticuado de tres licitaciones permite a los políticos y sus arquitectos favoritos manipular fácilmente los contratos de diseño. Los arquitectos ayudan a sus amigos con ofertas más altas aquí y son recompensados más tarde cuando sus amigos devuelven el favor. Durante los últimos veinticinco años en Colombia, la *Ley 80* generó los mecanismos para juzgar el diseño arquitectónico y urbano, lo que elevó así la barra para todo el país: por eso la arquitectura colombiana ha atraído tanta atención internacional.

Sin embargo, antes de que se redacte un concurso, las instituciones públicas están obligadas a decidir qué construir y dónde. De Colombia nos enteramos de que tanto el IDU en Bogotá como el EDU en Medellín desempeñan esos roles bastante bien. Son fuertes oficinas municipales encargadas, por un lado, de desarrollar una estrategia urbana para la ciudad; por el otro, de ejecutar esa estrategia para garantizar transformaciones urbanas positivas. Luego, todos los proyectos de diseño son asignados por concurso, y estos son administrados por el organismo regulador correspondiente; además, los concursos de arquitectura, así como algunos proyectos urbanos a gran escala, a menudo están a cargo de la Sociedad Colombiana de Arquitectos. Existe, por tanto, una oportunidad de integrar conocimientos y de buscar un equilibrio entre la toma de decisiones urbana y arquitectónica a través del diseño, lo que permite a los arquitectos evaluar de forma más crítica la calidad del diseño mientras las instituciones interdisciplinarias abordan los retos urbanos.

Liliana Ricardo, subdirectora del IDU en Bogotá, me contó cómo las diferentes oficinas (transporte, salud, drenaje, electricidad) trabajan juntas en equipos de proyectos organizados

en áreas de la ciudad. En Argentina, mis entrevistados me dijeron lo difícil que es para ellos incluso comunicarse entre diferentes oficinas municipales, y mucho menos cooperar en la implementación de proyectos. De hecho, ese es también el caso de Curitiba, la más famosa de Brasil, donde la integración del transporte y el espacio público es fundamental, así como la posibilidad de mantener la continuidad de la planificación más allá del breve ciclo de elecciones a la alcaldía.

Por último, pero no menos importante, las ciudades necesitan dinero para invertir en infraestructura. Después de fuertes décadas de desarrollo entre 1950 y 1970, América Latina experimentó una profunda crisis financiera en la década de 1980 y el desmantelamiento de proyectos de infraestructura pública después de la década de 1990. La privatización de los servicios públicos dejó a las ciudades de la región hambrientas de fondos que deberían utilizarse en la reinversión. Con una regulación débil y una aplicación más débil, las empresas privadas de servicios públicos decidieron distribuir sus ganancias entre los accionistas (rendimiento a corto plazo), en lugar de invertir en una mejor infraestructura para un futuro sostenible. El caso de Sabesp, en São Paulo, es un ejemplo. Privatizada en 2002, la empresa encargada de suministrar agua y alcantarillado a veinte millones de habitantes de la ciudad más grande de Suramérica, distribuyó dos mil millones de dólares en dividendos en los siguientes diez años. En 2014, después de dos años de menor precipitación, los embalses alrededor de São Paulo estaban operando al 5% de su capacidad y el agua estaba racionada en varias áreas de la metrópoli, casualmente, los barrios más pobres.

En ese escenario, llama la atención que las empresas públicas municipales de Medellín sobrevivieran al frenesí privatizador de los años ochenta y noventa, que en esa ciudad coincide con la peor crisis de seguridad pública y violencia. Controlada por el municipio, que aún posee la mayoría de las acciones de la empresa, la EPM proyecta un presupuesto de inversión de seis mil millones de pesos (dos mil millones de dólares) para 2018-2021. Puede que no parezca mucho, pero piense esto: equivale a la cantidad gastada en Río de Janeiro durante un periodo de tres años (entre 2012-2015, en la preparación para los Juegos Olímpicos), una ciudad con tres veces la población del capital de Antioquia.

No es que todo sea perfecto en el contexto colombiano. El propio Fajardo es parte de una amplia articulación política que aplasta a la izquierda y asegura que el centro-derecha y la extrema derecha tengan un virtual monopolio nacional. Es bien sabido en el exterior que Antioquia tiene el núcleo del uribismo. También está bien establecido en la literatura que la estratificación social por ley termina por estigmatizar a los pobres y se convierte en la mayor barrera para la movilidad social. De hecho, no todo lo que hace EPM es sabio o responsable; véanse los fracasos de Hidroituango.

Como lo recuerda Arturo Escobar, hay un colonialismo desagradable entrelazado con el proceso de modernización de Colombia. Sin embargo, el país construyó algo notable en su adopción institucional de la calidad del diseño.⁸

Mirar la arquitectura colombiana desde el exterior no debe tratarse de los hermosos edificios diseñados por talentosos arquitectos desde el cambio de milenio. Sí, son importantes y merecen elogios; pero son la punta de estructuras mucho más grandes, legales e institucionales las que realmente importan. La lección que todos los que vivimos en la periferia de la Gran Colombia debemos aprender es de qué modo construir como ustedes.

The case of Sabesp in São Paulo is exemplar. Privatized in 2002, the company responsible for providing water and sewage for 20 million inhabitants of the largest city in South America, distributed 2 billion USD in dividends in the following 10 years. In 2014, after two years of lower precipitation, the reservoirs around São Paulo were operating at 5% capacity and water was rationed in several areas of the metropolis — coincidentally, the poorest neighborhoods.

In that scenario, is it remarkable that EPM survived the privatization frenzy of the 1980s and 1990s, which, in that city, coincides with the worse crisis of public safety and violence? Controlled by the municipality, which still owns the majority of shares of the company, the EPM projects an investment budget of 6 billion COP (2 billion dollars) for 2018–2021. It may not sound like much, but think this: it is equivalent to the amount spent in Rio de Janeiro over a period of three years (between 2012–2015, in preparation for the Olympic Games), a city with 3 times the population of the capital of Antioquia.

Not that everything is perfect in the Colombian context. Fajardo himself is part of a broad political articulation that crushes the left and assures that the center-right and far-right have a virtual monopoly at the national level. It is well known abroad that Antioquia holds the core of Uribismo. It is also well established in the literature that the social stratification by law ends up stigmatizing the poor and becomes the greatest barrier to social mobility. In fact, not everything that EPM does is wise and/or responsible (vide Hidroituango failures).

As reminded by Arturo Escobar, there is a nasty colonialism intertwined with Colombia's modernization process. Nevertheless, the country built something remarkable in its institutional embrace of design quality.⁸

Looking at Colombian architecture from abroad should not be about the beautiful buildings designed by talented architects since the turn of the millennium. Yes, they are important and they deserve praise, but they are the tip of much larger structures, legal and institutional — the ones that really matter. The lesson that all of us in the periphery of Gran Colombia need to learn is how to build like you.

8. Escobar, *La invención del desarrollo*

References

1. Alter, Kevin y Fernando Lara, eds. *Latitudes*. 2. Austin, TX: Center for American Architecture and Design, 2014.
2. Carranza, Luis E. y Fernando Luiz Lara. *Modern Architecture in Latin America: Art, Technology, and Utopia*. Austin: University of Texas Press, 2015.
3. Escobar, Arturo. *La invención del desarrollo*, 2.ª ed. Popayán: Universidad del Cauca, 2014.
4. Fernández, Roberto. *El Laboratorio Americano: Arquitectura, geocultura y regionalismo*. Madrid: Biblioteca Nueva, 1997.
5. Gorelik, Adrián. *Das vanguardas a Brasília: Cultura urbana e arquitetura na América Latina*. Belo Horizonte: Editora UFMG, 2005.
6. Hernández, Felipe. *Beyond Modernist Masters: Contemporary Architecture in Latin America*. Boston: Birkhäuser, 2010.
7. Hernández, Felipe, Mark Millington e Iain Borden, eds. *Transculturation: Cities, Spaces and Architectures in Latin America*. Amsterdam: Rodopi, 2005.
8. Lara, Fernando. "Brazilian Architecture: Centripetal and Centrifugal Moments", introduction. In *Brazilian Architectural Guide*, editado por Bruno Santa Cecilia. Berlin: DOM Publishers, 2013.
9. Lara, Fernando. "Dissemination of Design Knowledge: Evidence from 1950s' Brazil". *The Journal of Architecture* 11, n.º 2 (2006): 241-455. <https://doi.org/10.1080/13602360600787165>
10. Lara, Fernando. "Incomplete Utopias: Embedded Inequalities in Brazilian Modern Architecture". *Architectural Research Quarterly* 15, n.º 2 (2011): 131-138. <https://doi.org/10.1017/S1359135511000558>
11. Said, Edward W. *Orientalism*. New York: Vintage, 1974.